

El método de ebullición, los árboles, y el principio de verticalidad en las plantas

Por Ricardo Mateos Sáinz de Medrano
richimateos@yahoo.es

Desde mi modesto punto de vista, y en relación con las esencias de flores, que es el tema que hoy nos ocupa y que tanto interés nos despierta, no albergo duda alguna de que a ninguno de nosotros, terapeutas florales ya sea de largo o corto recorrido, se nos ha pasado por alto el observar que de entre los hoy ya muy cuantiosos, variados y amplios sistemas florales surgidos del afinado parto de numerosos elaboradores, únicamente el sistema que Edward Bach propuso allá por los años 30, incluye esencias preparadas por cocimiento. Por ello, seguramente no habréis dejado de preguntaros qué es lo que hay implícito en esta forma de elaboración de los remedios florales que solamente el propio Bach se permitió utilizar adentrándose con ello en un particular misterio en el que ningún otro elaborador parece haberse atrevido a aventurarse.

Este es sin duda alguna un tema que induce a la especulación, pero que parece difícil interpretar, especialmente habida cuenta de la escasa información que el propio Edward Bach eligió dejar por escrito. Lo cierto, en cualquier caso, es que a finales del invierno de 1934-1935 nuestro famoso doctor sintió el impulso irrefrenable de preparar todo un grupo de 19 últimos remedios; para cuyo hallazgo, se nos dice, él se vio inmerso en todo un torrente de distintos estados emocionales que solamente

pudo ir transitando conforme logró ir encontrando, a una velocidad notable, los distintos remedios florales necesarios.

Corrían malos tiempos para Europa, España estaba en puertas de una terrible guerra, los fascismos ya se habían hecho con el poder en Alemania e Italia, y el comunismo estalinista era visto como una gran amenaza en buena parte de occidente. Además, la severa crisis económica surgida del desastre financiero de 1929, todavía hacía estragos dando al traste con los felices y locos años 20, los viejos códigos morales de la época victoriana se habían tornado más laxos, y la propia Gran Bretaña y sus clases dirigentes se sentían divididas entre los radicalismos de izquierda y derecha cultivándose así el germen de lo que pronto iba a ser una guerra muy cruenta.

En tan complejo y cargado contexto, Bach comenzó a descubrir y a definir este nuevo grupo de remedios que conforman lo que podríamos llamar la tercera serie bachiana, y que se distinguen de manera notable de los 19 que les precedieron por estar preparados mediante un método de elaboración novedoso que, si bien comparte su trasfondo real con el método solar utilizado hasta entonces, se separa de él de forma singular y significativa.

Para dar alguna explicación plausible de este cambio de sesgo en la obra bachiana, algunos han aducido como sencilla razón lógica la posible falta de días de sol en aquellos tempranos meses de 1935. Si el sol era escaso y los días

grises y sombríos en la brumosa Inglaterra, tendría sentido pensar que Bach, empujado a buscar remedios para sus males, se decidiese simplemente a hervir los nuevos remedios florales. Sin embargo, esta proposición queda invalidada por el hecho de que años antes ya hubiera preparado por el método solar la esencia de Gorse, una planta de floración invernal, en periodos de un sol poco potente en el medio cielo, y también porque, como ha investigado Julian Barnard, los registros meteorológicos para aquel año de 1935 arrojan una notable cantidad de días soleados en la campiña inglesa.

Por otra parte, pareciera excesivamente simple que Edward Bach, cuya obra es en todo punto cuidada y afinada, y quizá hasta cargada de elementos simbólicos, introdujese en su labor un cambio de naturaleza tan significativa desde un planteamiento tan simple.

Por tanto, y para desgranar este asunto, tenemos que atender a alguna cuestión más de fondo y, en este punto, Bach no nos deja sino una única y sutil indicación en su obra, al afirmar que ésta es una nueva serie de remedios que él califica de “más espiritualizados”. Pero ¿qué quiso decir con afirmación tan abstracta y tan sujeta a interpretaciones tan subjetivas? ¿Qué significa que un remedio sea más espiritualizado? ¿Estamos entrando en el ámbito de lo religioso, de lo iniciático, o quizá de lo esotérico? Difícil asegurarlo, pero quizá nos sea posible desentrañarlo desde una lógica más sencilla, y no por ello menos significativa, atendiendo a la propia naturaleza de los dos métodos de preparación para, a través de sus diferencias, hallar un significado más

profundo y más satisfactorio a este cambio de sesgo en el proceder de Edward Bach.

El método solar es de aplicación a las dos primeras series de remedios, es decir, a los Doce Sanadores, y a los Siete Ayudantes. En él la acción directa del sol, de la energía que procede de arriba, del cosmos, casi podríamos decir del padre, es la que es capaz de imprimir en el agua la firma o patrón de información y de fuerza vital que la planta incorpora en sí misma como estructura vegetal completa. Eso es algo que tiene realmente sentido si tenemos en cuenta que tanto los Doce Sanadores como los Siete Ayudantes, son remedios que apuntan a permitir que emerja nuestro yo esencial con todo su potencial, ya sea para así poder encarar y desarrollar nuestra lección de vida, en el caso de los Doce Sanadores, o para sacar al individuo de cronificaciones casi calcáreas que han obstruido la luz propia de su naturaleza esencial, en el caso de los Siete Ayudantes.

Por ello, y como bien apunta Julian Barnard, en estos remedios es importante la acción directa del sol, de las fuerzas naturales que proceden del cosmos, del entorno, y del éter, para que, como en un proceso fotosintético, la luz que llega desde arriba pueda imprimir en el agua el mensaje sanador de las flores para así ayudar al alma a aflorar en esta tierra para su mayor evolución y completud. Quizá, y buscando un simbolismo cristiano cercano a nuestra cultura, podríamos ver en esto una clara representación de lo que el Pentecostés, o descendimiento del Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego, significó para los doce apóstoles de Cristo en la religión cristiana. Un descendimiento que, nos dice el Nuevo Testamento, otorgó a los apóstoles valentía y libertad, les posibiló

la comprensión, fortificó en ellos la idea de comunión universal, y les aclaró la tarea a realizar en comunidad partiendo así cada uno de ellos a expandir la palabra divina por un lugar distinto del mundo.

Por el contrario, en el método de ebullición no vamos a utilizar el fuego celeste, sino un fuego procedente de materiales fósiles –ya sea carbón, gas o petróleo-, que son sustancias físicas y químicas que han sufrido un proceso de transformación y de metamorfosis en el interior de la tierra durante los largos siglos de las eras geológicas. En dichas sustancias fósiles la luz o energía, está contenida en forma física y surge desde las entrañas de la tierra, de la madre, en las que el carbón, el gas o el petróleo han yacido durante muy largos periodos de tiempo, pasando por elaborados procesos internos de cambio y de transformación.

Así, el carbón, el gas o el petróleo, son contenedores de una energía que alimenta un fuego que es viejo y está cargado de antiguos procesos en el interior de la tierra, en los desconocidos reinos de Plutón, en el Hades de los antiguos griegos. Por tanto, allí donde en el método solar la energía es nueva y está recién llegada al mundo que habitamos, en el método de ebullición la energía utilizada es antigua, arcana y terrena.

Hasta aquí la distinción entre uno y otro método parece lógica y clara, pero ¿qué hacer con aquello que parece más incómodo de remedios “más espiritualizados”? En realidad, si miramos a todo esto más desde el ámbito del espíritu, o desde la mente amplia, podríamos fácilmente observar como en el método de ebullición hay

algo que va más allá del sencillo proceso natural que observamos en el método solar que, finalmente, pareciera una réplica en lo externo del proceso de fotosíntesis que tiene lugar en el plano interno de la vida de toda planta.

De hecho, este nuevo método de ebullición incorpora de forma clara a la cultura humana, que es capaz de descubrir el fuego, de indagar, investigar, curiosear, aprender, transformar, y utilizar aquello que está a su abasto. Por ponerlo en otras palabras, quizá podríamos decir que el método de ebullición incorpora una cierta “liturgia” que no es observable en el método solar: la liturgia del descubrimiento y la utilización del fuego, que siempre ha sido adorado en todas las culturas, y que está en el origen del desarrollo de todas las colectividades humanas. En palabras del antropólogo Claude Lévi-Strauss, el fuego nos ayudó a pasar como especie desde lo crudo a lo cocido, desde lo simple a lo elaborado.

Toda liturgia conlleva, de forma necesaria, un cierto grado de espiritualidad y acaso por eso sea que Bach dice que los remedios así preparados son “más espiritualizados”. Pero, y para mayor abundamiento, Julian Barnard nos ofrece en este punto una idea interesante al afirmar que esta tercera serie de remedios son aquellos que nos ayudan a desenredarnos de los traumatismos y de los conflictos que nos encontramos en la vida y que nos dificultan nuestro progreso. Es decir, que son ineludibles compañeros de viaje que nos permiten el avance al ayudarnos a resolver situaciones traumáticas de nuestro pasado. Dicho de otro modo, y en terminología más de carácter teológico-espiritual, son remedios que impulsan a nuestro ser en su camino ascendente

desde la tierra y de regreso hacia el cosmos y la unidad.

Así, lo que en el método solar tenía que ver con nuestra naturaleza descendente, al encarnar en la tierra potenciando la expresión completa de nuestro yo; en el método de ebullición, tiene que ver con nuestra naturaleza ascendente a través de nuestro paso por la tierra y por la experiencia terrena.

Vinculado a lo anterior, también hay otro hecho que llama poderosamente la atención en relación con los remedios preparados por el método de ebullición: el que todos ellos, con la excepción de Wild Rose, Honeysuckle, Mustard y Star of Bethlehem, sean remedios de árboles. Analizando esto en profundidad, quizá nos sea fácil percibir cómo los cuatro remedios citados, Wild Rose, Honeysuckle, Mustard, y Star of Bethlehem, si bien no proceden de árboles sí que tratan estados regresivos en la persona. Estados de fractura en Star of Bethlehem, de anhelo de lo perdido en Honeysuckle, de apatía en Wild Rose, y de oscuridad en Mustard; que detienen al individuo en su normal caminar y en su proceso de desarrollo hacia una mayor completud.

En ese sentido, los cuatro nos ayudan a resolver situaciones de detención y animan al espíritu a salir del acontecimiento trágico que, de una u otra forma, ha detenido nuestra vida. De algún modo en ellos, la catarsis del fuego terrenal purifica y eleva para avanzar hacia planos de un nivel un poco más alto en la andadura del espíritu.

Llegados a este punto, ¿que podríamos decir de los árboles en

particular? A simple vista los árboles son grandes estructuras leñosas que, a decir de Patricia Kaminski, serían como partes del elemento tierra que, por efecto de su poderosa fuerza y de su solidez, tienen la capacidad de oponerse a la gravedad para elevarse hacia las alturas. En ellos, las fuerzas de levedad se oponen a las fuerzas de la gravedad facilitando ese mismo proceso de elevación hacia lo alto, hacia esas mismas partes altas de la famosa pirámide de las necesidades de Abraham Maslow. Por ello quizá nos sea sencillo ver en la misma imagen de los árboles poderosos esa idea de “remedios más espiritualizados” de la que nos informa Edward Bach.

Y es que a veces uno siente que el paciente no necesita sino un sólido tronco sobre el que apoyarse o sostenerse, o al que agarrarse en situaciones de naufragio, de fracaso, de desaliento, de remordimiento, de abrumamiento, o de desolación absoluta.

Hay algo en los árboles que nos anima a trepar a lo largo de su tronco y hacia su copa. También son capaces de sostener nuestro peso sin vencerse, sin doblarse ni fracturarse bajo la gravedad de nuestras cuitas. Al igual que las sólidas columnas del arte clásico, son como grandes espinas dorsales que nos ayudan a sustentar el yo para facilitarnos el avance.

Se me ocurre que quizá el propio Bach tomó de algún lugar la idea de esta sana legión de árboles viniendo al rescate de la especie humana. Ésta es una idea muy antigua de la tradición druídica galesa, que tiene su origen en el antiguo poema llamado *Cad Goddeu*, o Batalla de los Árboles, en el que el legendario héroe Gwydion anima a los árboles del bosque a que le ayuden en su lucha. El poema, de

larga tradición en las tierras galesas, también fue retomado por el mitólogo y escritor Robert Graves, que en su libro “La Diosa Blanca” recupera la idea, apuntando en su análisis que es probable que todos y cada uno de los árboles que participaron en aquella batalla pueden corresponderse con las distintas letras del alfabeto Ogham. Así, cada especie arbórea tendría un significado propio cuyo contenido se iría transmitiendo a lo largo de las distintas generaciones y épocas en forma de poema escrito como un conocimiento secreto y arcano de la vieja religión druídica frente a la censura de las autoridades de la religión cristiana.

Hasta en tiempos más recientes, obras de gran calado popular como *El Señor de los Anillos*, de Tolkien, recogen esa misma tradición de los árboles del bosque acudiendo al rescate en defensa de la paz en la Tierra Media y en la naturaleza. Esta misma idea de los árboles que defienden el principio del bien, también se recoge en el episodio I de la Guerra de las Galaxias, *La Amenaza Fantasma*, y en el episodio dedicado al Príncipe Caspian en la saga británica de las Crónicas de Narnia. Otro elemento principal de la mitología sajona y escandinava también nos habla de esta misma idea de los árboles como elementos de gran significación para el sustento de la vida y de las sociedades humanas. En este caso, el árbol mítico en cuestión es el Yggdrasil, el árbol de la vida o fresno del universo, cuyas raíces y ramas mantienen unidos los diferentes mundos.

A sus pies se encuentra el dios Heimdall, que es el encargado de protegerlo de los ataques de dragones y de una multitud de gusanos, que

tratan de corroer sus raíces y de derrocar a los dioses que el árbol representa. Yggdrasil rezuma miel y todos los dioses ascienden a lo largo de su tronco para llegar a su morada, la mítica Asgard, a través del reino de Midgard. Y en esa misma línea, ¿qué decir de cuentos como el de las judías mágicas, en el que una gigantesca mata de legumbres permitía al héroe trepar por su tallo para poder alcanzar las realidades de otros mundos allá arriba y hacerse con la gallina de los huevos de oro? Incluso en la tradición judeo- cristiana, la Biblia nos informa de cómo el drama del jardín del Edén tuvo lugar en torno al llamado árbol de la ciencia del bien y del mal.

Quizá por todo esto, los árboles nos asisten en situaciones duras en las que se precisa de la acción catártica de ese fuego que surge de las entrañas de la tierra y que está implicado en las elaboraciones por el método de ebullición. Ellos nos ayudan, por así decirlo, en la construcción de nuestra particular Torre de Babel, un edificio siempre difícil de apuntalar a causa de nuestras numerosas contradicciones que nos llevan a hablarnos con frecuencia en lenguajes bien distintos.

Otro elemento llamativo y significativo en los árboles es su pasión por la verticalidad, como si incorporasen una fuerza capaz de erigir el yo, la columna de la personalidad que nos sostiene. La verticalización fue un cambio postural cuantitativo y muy significativo en nosotros como especie, pues posibilitó nuestra evolución desde los prehomínidos hasta el *Homo Sapiens* que somos. La verticalidad nos trajo una nueva conciencia, nos liberó las manos de la obligación de apoyarlas sobre la tierra, y con ello nos posibilitó mirar al frente, mirar hacia arriba, hacernos preguntas, y

comenzar a desarrollar la agricultura, el arte y la industria.

Desde la postura erguida nuestros antepasados pudieron ver un camino al frente, pudieron colocarse uno frente a otro para la relación sexual, que pudo así convertirse también en relación amorosa, y entraron en el desarrollo del psiquismo y de la conciencia. Con ella, de alguna forma, comenzó la larga historia de la cultura. Asimismo, la verticalidad nos lleva a la singularidad de la personalidad sacándonos de la vivencia indiferenciada. ¿Será acaso por eso que en lengua inglesa el yo se designe con la sencilla forma vertical "I"?

Como ejemplo podemos ver como en el indiferenciado patrón de crecimiento de Heather prima la horizontalidad, en una especie muy gregaria en la que se hace difícil distinguir una planta de otra a simple vista. Del mismo modo, la personalidad Heather es gregaria, pues busca las respuestas a la propia existencia en el contacto indiferenciado con los otros. En los árboles, por el contrario, la singularidad y la unicidad son evidentemente claras pues cada espécimen singular es él en sí mismo.

Pero la verticalidad es, por sí misma, incierta, vacilante e inestable, pues cuando el primer prehomínido se irguió en pie, su relación con el entorno se tornó insegura, a la par que comenzó a preguntarse por sí mismo y por el sentido de su propia existencia y de la existencia del universo. Allí comenzamos a dejar de estar tan sujetos al instinto para elegir guiarnos a nosotros mismos y comenzar a marchar por nuestro propio camino. ¿Será por eso que la gran mayoría de estos

Segundos 19 remedios bachianos son tan importantes para los conflictos de lo cotidiano y son "más espiritualizados"?

Ciertamente todos ellos apuntalan nuestro yo, lo solidifican, y lo liberan de constricciones traumáticas, cada uno en su particular forma y manera. Veamos algunos ejemplos.

En Cherry Plum, el tronco no es particularmente llamativo por su grosor o por su aparente fortaleza, sin embargo sí muestra claramente un profuso crecimiento de múltiples ramas que parecieran componer todo un conjunto de distintas formas disociadas del "yo". Pareciera como si en Cherry Plum la individualidad unificada de la persona hubiera quedado ramada, o escindida en varias partes, perdiendo esa integridad que es tan propia de la cordura.

Bien distinto del perfil de Elm, el *Ulmus procera* de los campos de Inglaterra, que se diferencia de otras especies de olmos por su distintivo y notorio tronco erguido, que es manifestación de un yo que muestra determinación, voluntad y propósito, al igual que la persona Elm que es ambiciosa y aspira a algo en la vida. ¿Y qué decir de Oak, con su sólido tronco capaz de ofrecer sustentos a multiplicidad de especies animales y vegetales? Oak consigue crecer hacia arriba incluso a pesar de tener esa marcada pasión por dar sustento, apoyo, alimento y aliento a tantos otros.

En Willow, la pulsión de crecimiento del árbol es tan poderosa, tan grande es su impulso por seguir su camino de crecimiento hacia arriba que, sin importar las podas o los daños constantes sufridos por el árbol, esta especie vegetal continúa echando nuevos brotes para proseguir su camino sin

albergar resentimientos o acumular ocultas venganzas. En Larch, las ramas laterales son delgadas y tienden a caer incapaces de sostenerse, colgando del tronco que, único y poderoso, continúa su crecimiento hacia arriba en la vertical corrigiendo el gesto de las ramas. Y qué curioso observar cómo el Red Chestnut, pariente más frágil e hibridado del White Chestnut, tiene un tronco menos grueso, menos alto, y menos poderoso que el de su pariente blanco, al igual que la persona Red Chestnut manifiesta una cierta fragilidad emocional que la lleva a sentirse débil y angustiada en la ausencia del ser amado que apuntala su solidez.

Los Castaños Dulces, por su parte, son tan poderosos que en la imaginaria popular han llegado a representarse como capaces de albergar o sostener viviendas enteras, como en el caso del espécimen italiano llamado “Castaño de los Cien Caballos”, del que nos habla Julian Barnard en su magnífica obra *Forma y Función*. Pero no es ese el caso de Holly, una planta que carece de la solidez suficiente para encarar por sí misma el daño de los vientos, hecho por el que crece en comunidades en las que los arbolillos individuales se enredan unos con otros mediante sus espinosas hojas para darse apoyo y mutuo sostén.

En Pine el tronco continúa siempre su proceso natural de crecimiento a pesar de la frecuente ruptura de las ramas más bajas. Y en Aspen, el tembloroso Aspen, hasta la solidez leñosa del tronco pareciera temblar sutilmente por dentro, como manifestación de una oculta debilidad aprensiva.

En suma, todos estos remedios apuntan a patrones de detención en la vida que surgen de traumatismos pasados y que dificultan lo que sería nuestro normal caminar en el desarrollo de nuestro ser. Porque cada uno de nosotros, con nuestra particular y única biografía, nos vemos enredados en cuestiones irresueltas del pasado que enmarañan nuestro presente.

Así pues, no es difícil ver como el principio de verticalidad, tan presente en el mundo vegetal, nos informa de avance, de crecimiento hacia arriba, de una pulsión de la voluntad capaz de vencer la pesada gravedad para ir a buscar cimas más altas. Y si eso, como hemos visto, es así para los árboles, también lo es para los arbustos y las plantas herbáceas más bajas en las que el principio de verticalidad también es indicativo de una pulsión del yo por sostenerse en la postura erguida que tanto nos ha costado sostener como especie. Ahí están ese yo erguido y radiante del Girasol; el lirio Calla, con su clara y perfecta definición; la postura erecta del Saguaro, con sus brazos extendidos y mirando hacia lo alto orgulloso de su linaje, o la poderosa Sequoia del sistema FES que no permite que nuestro crecimiento físico, nuestra ganancia en solidez y en altura, queden comprometidos.

Muchas son las ideas y las posibilidades que se desprenden de todo esto y ahora solo nos queda observar, mirar y pensar en torno a lo que la naturaleza tiene que ofrecernos a través de las plantas de flor, para así alcanzar un mayor entendimiento de la obra bachiana, y también de la de tantos otros que después de él han mirado a la naturaleza en busca de nuevos remedios de enorme ayuda para todos nosotros.